



LEER PARA APRENDER A CAMINAR

Patricio Saravia Vega.

Enorme era mi expectativa ante el inminente arribo a Puerto El Carmen del Putumayo. Dos días antes había llegado a Lago Agrio en un avión a hélice que había superado la cordillera entre sustos, gritos, turbulencias y ensordecedores ruidos de sus motores. Así, pasé del frío y lluvioso temporal quiteño, a la envolvente y cálida humedad de la zona baja de la Amazonía.

Del orden, comodidad y servicios que brindaba el aeropuerto de Lago Agrio, es decir, de las instalaciones de Texaco, migré a calles polvorientas unas, manchadas de aceite de petróleo, otras, y sobre todas ellas – que no eran muchas - a centenares de personas que vendían y compraban de todo, bajo un sol canicular y vestidos multicolores en ese pueblito que se había formado junto a las instalaciones petroleras, Lago Agrio.

Supuse entonces que no se recuperaba aún del terremoto que había sufrido un año antes, pues lucía sucio, desordenado, con muchos inmuebles en construcción en unas aceras que cambiaban de dimensión, según el tipo de construcción que encontraba. Y bueno, en algunos sitios no había aceras. Eso no importaba.

Habíamos salido con las Hermanas Lauritas muy en la mañana, en la ranchera de las seis, sudorosos todos al tener que embarcar cartones y cajones con alimentos, vituallas y otros encargos del equipo pastoral de Puerto El Carmen, pero pronto el viento y el polvo de la carretera encubrieron nuestro sudor.

Era la primera vez que conocía la frontera norte, navegaría por el río San Miguel y llegaría al delta que forma este río al desembocar en el Putumayo, el río divisorio, cuyo nombre abarca a una gran extensión geográfica tanto en Ecuador como en Colombia, y, lo más importante, conocería un puerto fluvial amazónico.

Valía la pena el sacrificio, pensaba horas más tarde, sentado en la canoa, adolorido de la espalda y en especial más abajo, donde pierde su nombre, y es que el asiento solo era una tablita de madera. Mojado ahora, ya no de sudor, sino de la llovizna eterna que comenzó a caer apenas embarcamos en Tipishca, al que algún parroquiano escuché decir Puerto Tipishca. Reí para mis adentros. ¡Puerto Tipishca! Eso no era ni puerto, ni tenía la forma de tipishca. Qué le vamos hacer, me dije, así mismo son en ciertos lugares, dando nombres pomposos a una orilla del río, que por su topografía y un árbol cercano, permitía atracar a canoas de poca monta.

Yo sí viajaba a un Puerto, a Puerto El Carmen, a donde había llegado en 1961 el presidente Velasco Ibarra y que emocionado mencionó que Puerto El Carmen era un orgullo para el Ecuador. Imagínense, mucho antes que la explotación petrolera provocara la construcción de tan sinuosa y peligrosa carretera harto polvorienta desde Lago Agrio hasta Tipishca.

Mi expectativa no había disminuido a pesar de los dolores, entumecimientos y calambres que provoca viajar más de 4 horas, y no había parte de mí que

estuviera seca. ¡Ya falta poco! señaló la hermana María inyectando ánimo a todo el grupo. Y así, de un momento a otro paró de lloviznar, apareció el sol muy tímidamente y minutos más tarde el maquinista apagó el motor y acercó la canoa hacia unas gradas de cemento. Más allá se divisaba una bandera tricolor.

Habíamos llegado a Puerto El Carmen. Demás está decir que no tuve con quien desahogar mi tremenda frustración ante tan imponente realidad: Un colegio de hormigón armado en medio de la selva, al filo de un río que cada vez se ensanchaba más, y unas miserables gradas de cemento, donde, al caer la tarde encontré a un grupo de profesores de origen serrano (Ambato y Guaranda), sentados, callados, con su mirada perdida en el hermoso escenario multicolor que provoca el sol cuando se pierde en el horizonte. Les sacamos del letargo y nos ayudaron a transportar la carga hasta el edificio del colegio, donde una parte del mismo servía como casa vivienda del equipo pastoral.

Anochece rápidamente en medio de la selva, por ello, solo hubo tiempo de conocer la iglesia, ¡el puerto!, la farmacia y los exteriores del Batallón. La noche sin luna, sin electricidad y con mucho cansancio encima contribuyeron para dormir más pronto de lo habitual, con la recomendación de las hermanas, para que me tire al suelo si escuchaba ráfagas de metralla, Así lo hice medio atolondrado, cuando sin mucho esfuerzo, me despertaron esas ráfagas en medio de la madrugada.

Al siguiente día y ya con fuerzas renovadas acompañé en las actividades del equipo pastoral, conocí el pueblito de Puerto El Carmen, sus calles sin carro alguno, llegué a la desembocadura del San Miguel al Putumayo, visité una comunidad indígena, tomé chicha y al final del día comprendí el porqué de la mirada perdida de los profes y el desapego al estudio de los niños - hombres del lugar: Ajenos a su terruño, sin mucha experiencia y sin muchas ganas, tenían que lidiar con estudiantes que ganaban en un fin de semana, lo mismo que ellos en un mes. Así pagaba el estado a los maestros, así pagaba la coca a sus recolectores.



Por la tarde, a la hora en que el sol cae despiadadamente en Putumayo, me refugié en el interior del colegio, hurgué en sus sitios abandonados: aulas vacías, una capilla, el salón de actos caído en el olvido, la bodega llena de cosas inútiles, viejos disfraces, pupitres patojos y un escaparate con libros de catecismo y otros sermones y ... ¡Cien años de Soledad!

En efecto, el libro amarillento y de pasta derruida, protegido por telarañas y una serie de bichitos nocturnos muertos sobre su cubierta, asomaba tímidamente en medio de los catecismos azules. Lo limpié y abrí sus primeras páginas, en busca del pelotón de fusilamiento, del Aureliano Buendía, de Macondo y no pude más sino hacer las comparaciones que mi corta existencia permitían:

Macondo era Lago Agrío, las Bananeras gringas habían sido reemplazadas por la petrolera TEXACO ¡Gringa también! y entre tantos colonos que llegaron, lo hicieron también aventureros, curtidos algunos, viejos los menos, tantos que por ahí estaba seguramente un Aureliano Buendía.

Y como no podía ser de otra manera, comencé a leer de nuevo la novela que mi tío me regaló a los dieciséis años, e igual que cuando mi padre me regaló Las aventuras del capitán Singleton, cuando cumplí siete años, dejé de ser esclavo del tiempo, me acomodé en un viejo diván y protegido entre tantos disfraces, me transporté en busca de mi amor perdido.

Los gritos, silbidos, disparos (si los hubo) consideré en mi subconsciente eran parte de la historia que ¡Bendito sea Dios! nuevamente tenía entre mis manos, hasta que se fue la luz y me percaté que ya

eran más de las diez, sentí hambre y sed. Guardé el libro y a tientas, tropezones y caídas, llegué al comedor en busca de comida. Allí me encontré con las hermanas, que sin saber esta parte de la historia, agradecieron a Dios que nada me había pasado, que el apagón me había cogido desprevenido, en mi afán – seguramente – de conocer todo el pueblo, el primer pueblo en el que no había un solo carro, solo una moto y bicicletas.

Pretendieron ellas que debía quedarme, “Hay mucho por hacer”, “Nos hace falta un rector”, me halagaban. “Dios te ha puesto en el camino” afirmó la hermana María. Yo, muy feliz porque me habían regalado la obra maestra de Gabriel García Márquez, les aseguré que la docencia no era para mí.

Así me fui del Putumayo, de ese puerto al que prometí no regresar, preso aún de la frustración sentida por habérmelo imaginado lleno de bullicio, yates, canoas, barquitos, lanchas, embarcaderos y mucha gente, sobre todo la gente yendo y viniendo de un lado a otro con mercancías, agitados ellos, con la premura de saber que se van en la barca del último turno.

Nada. El silencio. Y luego los ruidos de los motores a diésel que generaban luz para unos cuantos lugares: el Batallón, un comercio, cantinas, bares, discotecas, la farmacia de la Misión y nada más. Solo el silencio cuando se apagaba el motor, de la última discoteca que cerraba sus puertas.

Silencios interrumpido no todas las noches, pero muchas de esas noches por disparos, ráfagas de metrallera y cuerpos que el río transportaba aguas abajo, cuerpos sin identidad que a nadie le importaba



porque, y eso era lo terrible, ya a nadie le importaba – salvo a las hermanas - porque ese modus vivendi lo asumían como normal.

Y como la docencia no era para mí, se cumplió la sabiduría popular - De esa agua nunca he de beber – por culpa de un mediocre, desubicado y abusador, y un día me encontré en Lago Agrio de profesor de reemplazo, responsable de la cátedra de Literatura de un grupo de jóvenes (algunos me superaban en edad) que estaban en el último año de la especialidad mecánica automotriz e industrial.

Y AHORA?

Me tocaba, según el pensum académico, impartir literatura española, el barroco el lirismo la prosa y la poesía métrica, entre las 12h00 y las 14h00, no en las aulas del milenio, sino en unos cuartos grandes con techo de cinc, con un agobiante calor o un ruido ensordecedor si llovía.

Y como nada es como parece, cumplí el pensum de a mentiritas, gracias a un pacto con los Hermanos que dirigían el colegio: Hacía de torero con el pensum, pero me aseguraba que escribieran sin faltas ortográficas y que mejoraran su pobre redacción. A cambio, tenía la libertad de ponerlos a leer literatura contemporánea, latinoamericana, cercana.

Han pasado muchos años de aquello, casi tres décadas, y aún me acuerdo del entusiasmo (del mío) al buscar en las librerías quiteñas todos los libros que mis estudiantes me encargaron comprar, libros que a su vez, yo mismo había seleccionado, para luego, en sorteo, asignarlos a su lectura.

Regresé con la mochila llena de libros, apretujados entre ellos, con El túnel junto a Pedro Páramo, Baldomera de espaldas a El señor presidente, más abajo estaba El siglo de las Luces, protegiendo a Cien

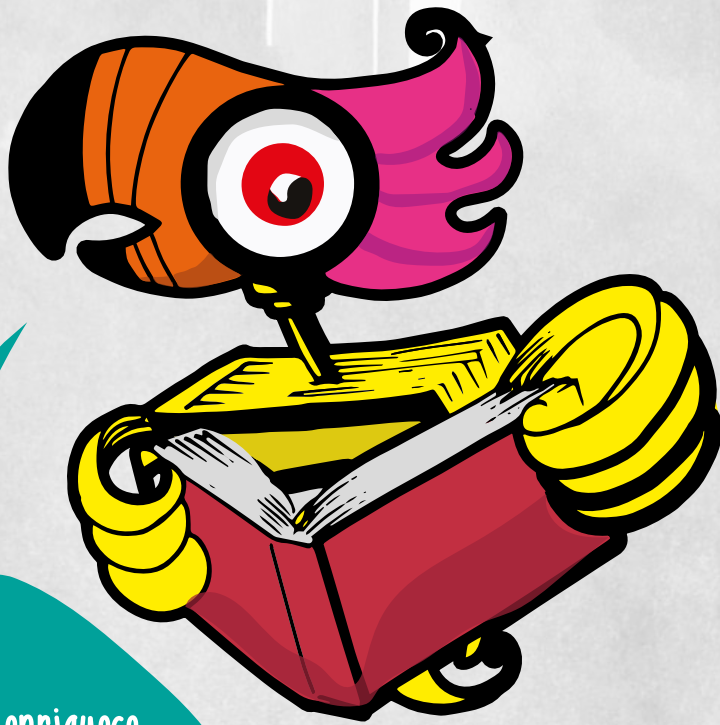
años de soledad. Encimita asomaba Sobre héroes y tumbas, y más luego Conversación en la catedral. En el bolsillo más pequeño venía Ficciones junto a El coronel no tiene quien le escriba y Pantaleón y las visitadoras y muchos libros más.

Con mi método de lectura, me aseguré que todos leyeran su novela. Casi tres décadas han pasado de esta historia. Uno de ellos es profesor, dos lograron ir a la universidad y culminar con éxito sus estudios, sé que uno murió en circunstancias que nunca se aclararon, la mayoría, al graduarse, trabajó en lo que se habían formado, de mecánicos, en forma independiente o en alguna empresa petrolera, que por acá las llaman compañías. Así, cuando me los encontraba al pasar los años, me decían que trabajaban en la compañía y eso significaba que trabajaban en el sector petrolero.

Con mi método de lectura, dos de ellos, tiempos después, entusiasmados me contaron que ya habían leído otra novela del mismo autor: La ciudad y los perros, Plan de evasión. Eso me hizo feliz. Para mí, era suficiente que uno de ellos resulte en un nuevo lector, aficionado a la lectura, que ame a los libros.

No los he vuelto a ver. Lago Agrio ahora es diferente, ya es una ciudad, cuenta con universidad, sus calles son asfaltadas o pavimentadas y claro, pensar ahora regar aceite de petróleo en donde aún las vías son de tercer orden se consideraría una acción criminal. También he vuelto de vez en vez a Puerto El Carmen a donde ahora se llega por una carretera asfaltada pero sigue el San Miguel amenazante, queriendo extender sus dominios y con ello llevarse al pueblo y su historia, mucho más antigua que el joven Lago Agrio.

Sigue el colegio de la misión, pero al inicio del pueblo se construye un colegio del milenio. He vuelto a visitar su interior. Ahora me parece que ha empequeñecido y ya no hay nada que redescubrir. Más bien percibo que poco a poco pasa a formar parte de la historia, y que sus estudiantes ya no trabajan los fines de semana en la otra frontera, y que los profes ahora ganan lo que se merecen.



El acto de leer me enriquece porque me explica lo que está y lo que no está, me permite entender a héroes y a villanos, me ayuda a conocer lo que existe y lo fantástico, hace placentero mi vuelo y reflexivo mi pensamiento.

Si mañana nadie lee sobre mi existencia, nadie podrá aseverar que existí. Una imagen presentará una forma en un instante, la lectura me permite entender el entorno y las circunstancias que constituyen esa imagen.



mishki



MISHKI SIGNIFICA EN LENGUA KICHA "DULCE", "AZÚCAR", "MIEL". ESTA SECCIÓN, QUE CIERRA LA REVISTA CON MUY BUEN SABOR DE BOCA, ESTÁ DEDICADA A FOMENTAR LOS VALORES DE LA INCLUSIÓN COMO EJE VERTEBRADOR DE LA EDUCACIÓN, UNA MANO TENDIDA HACIA EL OTRO COMO PARTE DE UN NOSOTROS IRRENUNCIABLE QUE CONJUGA A LA PERFECCIÓN CON TODAS LAS DECLINACIONES DEL AMOR.